

Asesinato en el parque



Javier Lozano

Llevaba más pintura que el cuadro de las lanzas y se hacía acompañar de un perrillo faldero. El cadáver apareció en el parque, desmadejado como un juguete roto, encima de un charco de sangre turbia. El cuerpo, menudo y arrugado, flotaba sobre el líquido viscoso simulando una pasa al vino tinto. La ropa, hecha jirones, dejaba entrever carne flácida y blanquecina. Un profundo corte en el cuello era la causa evidente de la sangría. El maldito chucho tenía el hocico teñido en sangre: había aprovechado la ocasión para su particular festín. En fin, un auténtico asco.

Ya me había imaginado algo así cuando Superbuana me dijo que tenía un caso para mí. La risotada que acompañó a sus palabras hizo temblar el flotador grasiento de su abdomen. Sus dedos cubiertos de gruesos anillos de oro macizo golpeaban la mesa, arrancando metálicos quejidos:

-¡Y ahora a la calle, a ganarte los garbanzos!

Abandoné el despacho sin decir palabra. Me prometí a mí mismo, una vez más, que llegaría el momento de saldar cuentas con aquel cerdo.

Cuando llegué al parque, aquello parecía una feria. El cordón policial intentaba sin demasiado éxito mantener a raya a los curiosos congregados por la llamada de la

sangre. Saludé al forense con un leve movimiento de cabeza. Superbuana se había encargado de que fuera el último convidado en llegar a la fiesta. Me hice hueco con los codos:

-¡Agentes, alejen a los moscardones! Un espectáculo edificante, señor González.

-Ya pensaba que no llegabais -el forense tenía una voz aguda que completaba su aspecto de frágil ratón.

-Me entretuve comprándole alpiste al canario. El aliño no parece reciente.

-Calculo que ocurrió de madrugada, hacia la una o las dos.

-¿Qué produjo la herida?

-Hasta que no retiremos el cadáver, no podré realizar un análisis detallado. A simple vista, yo diría que un objeto punzante. Algo bastante agudo, pero no es el corte afilado y exacto de una navaja. Para que no sigas preguntando te cuento: profundos arañazos en el torso. No sé aún si ha habido algún tipo de agresión sexual. Pásate hacia las tres y te doy el primer informe. No te atrases, que no hago jornada de tarde.

El ratón no quería mover la lengua. Miré la carne muerta, de un blanco azulado. La pintura del rostro se había corrido logrando tonalidades tenebrosamente abstractas. El postizo del pelo estaba casi despegado, dibujando un doble cráneo como si fuera un huevo clonado. El responsable del cordón policial caminaba de un lado a otro sacando pecho. Me dirigí a él:

-Supongo que sabe que no deben tocar nada hasta que llegue homicidios.

-Llevamos aquí desde las seis de la mañana.

Consulté mi reloj: las ocho y media. Decidí entrar a buenas. Le di unas palmaditas en el hombro y se esponjó sintiéndose importante.

-Cuéntemelo todo.

-Hemos identificado a la víctima: Eulalia Ramírez, 79 años, soltera. Domiciliada en el número 54 de la calle Condes de Aragón, oséase, a tres manzanas del parque. No parece haber sido objeto de robo. Tenía encima el bolso con cartera incluida y doscientos treinta euros, un collar de perlas de triple vuelta, una pulsera y dos anillos de oro y un reloj de señora marca Citizen.

-Bien provista de bisutería. Vale, me hago cargo de todo. ¿Algo más?

-Hemos avisado a la familia.

-Estupendo, el espectáculo les alegrará el desayuno.

El chucho brincó librándose de la custodia de un grueso policía. Ladrandos alborozadamente, saltó sobre una mujer seca y huesuda que acababa de traspasar el cordón de seguridad.

-¡Tía, tía, ay, dios mío! ¿Por qué, dios mío, por qué?

Sus gritos se debían oír desde la otra punta de la ciudad. Los gruesos lagrimones se adecuaban a su rostro como un prado verde al Sahara. La tomé del brazo y la arrastré hacia atrás.

-Tranquilícese, ya no puede hacerse nada.

Una bofetada quizás la hubiera calmado, pero no está bien pegar a una dama y, además, me daba miedo que se derrumbara en mis brazos.

-No hace nada aquí. Váyase a casa, por favor. Vamos a retirar el cadáver.

Sacó un enorme pañuelo de alguna parte y se sonó ruidosamente. Hizo ademán de zafarse para dirigirse al cuerpo sanguinolento y aumenté la presión de mi mano.

-Me está usted haciendo daño- su voz sonaba fría.

-Lo siento. No creo que le haga ningún bien estar aquí. Su tía está muerta, ya no hay remedio.

-¿Pero por qué? ¿Cómo ha sido?

-Aún no lo sabemos. Alguien la cortó el cuello.

-¿Alguien la mató? Es horroroso -volvió a llorar desafortunadamente.

La dejé en manos de un agente con órdenes de llevarla a casa. Vivía en el domicilio de su tía.

-Cuando esté más tranquila, tendremos que hablar, ¿Qué le parece si me paso esta tarde, hacia las cinco?

Mientras se alejaba colgada del policía, con el perrillo trotando a su lado, me dirigió un gesto de asentimiento. Vestía desaliñadamente, de color azul oscuro, la falda por debajo de la rodilla. Intenté calcular su edad. Debía de ser más joven de lo que aparentaba, pero no andaría lejos de la cuarentena. Eché en falta algo en su aspecto. Sí, de haber llevado moño hubiera sido el prototipo exacto de sobrina que cuida de su anciana tía en

un viejo caserón, un personaje habitual en cierto género de películas.

El cadáver estaba siendo introducido en una ambulancia. Un jardinero cubría con arena las manchas de sangre. No quedaba gran cosa por hacer allí. El comienzo de la mañana había sido deprimente. Nada me apetecía menos que ver los belfos húmedos de Superbuana. Merecía un respiro. Llamé a mi ayudante:

-Voy a comprobar algo que me ronda por la cabeza. Averigua datos de la familia: parientes, situación económica, amistades y enemistades... lo de siempre. Luego te pasas a las tres por el depósito, hablas con el forense y nos vemos aquí a las cuatro.

Bueno, no estaba mal. Unas horas por delante de las que no tendría que dar cuenta a nadie. A Superbuana no le gustaría y ello aumentaba mi placer.

Me alejé caminando pausadamente. Sin meditarlo, encaminé mis pasos hacia el barrio antiguo, donde las calles se retuercen ahuyentando el sol. Así era la vida. Una anciana tranquila, a juzgar por las apariencias de buena posición, se despedía del mundo de los vivos una noche cualquiera. Cuando menos lo esperas, el ladrón silencioso te lo roba todo. Pero tenía que haber algún motivo, dinero, viejos rencores... El cine ha puesto de moda los maníacos que matan por placer. Sé por experiencia que es una posibilidad remota. ¿Y la agresión sexual? Sentí un retortijón en los intestinos. No podía haber nadie tan salvaje.

Quemé la mañana caminando por estrechos callejones. Al mediodía decidí que debía alimentarme. Entré en una tasca. Pedí una caña y una ración de callos. No era el día adecuado. La salsa colorada me trajo a la memoria otras rojeces. Los trozos de tripa me parecían especialmente pálidos y el dorso arrugado se me antojaban varices. Me entretuve removiendo la cazuela. Soy un tipo duro y no iba a permitir que esas pequeñeces me amargaran uno de mis platillos preferidos. Decidí apechugar con ello y acabar el plato. Tampoco fue prudente. Entre las idas y vueltas del tenedor a la cazuela, conseguí derramar una buena porción de callos sobre mi camisa. El camarero me trajo con presteza polvos de talco que consiguieron mudar el rojo de la mancha en blanco decolorado. No tenía tiempo de ir a casa a cambiarme. Pagué la cuenta y salí a la calle. El lamparón de la camisa ocupaba un palmo de su superficie.

Llegué al parque antes de la hora. Decidí echar un vistazo. Sobre la arena del paseo no quedaba rastro visible de la tragedia. Habían regado a conciencia y pasado el rastrillo igualando toda la superficie. Calculé el lugar del crimen, valiéndome de la referencia de un banco cercano. Escarbé la primera capa de tierra. Allí estaba la mancha oscura. Me interné en la hierba próxima sin buscar nada preciso. Bajo una inmensa acacia, pisé algo blando y pastoso. Dirigí hacia ello la mirada: una espléndida cagada de perro, y bastante fresca a juzgar por su consistencia. Examiné los alrededores: pese a las ordenanzas municipales, no escaseaba la mierda. De noche, los parques se convierten en arbolados retretes

caninos. La vieja sale a pasear a su idolatrado chucho. Hay muchas otras personas que hacen lo mismo. Tal vez hubiera algún testigo de lo ocurrido.

Me entretenía en intentar limpiar la suela del zapato con una piedra cuando llegó mi ayudante.

-Mi fino olfato de sabueso me indica que andas pisando los talones al asesino.

Recurrí a toda mi dignidad para dejar pasar el comentario.

-¿Te ha servido de algo tu corazonada? Mi mañana ha sido de lo más productiva.

-Desembucha.

Sacó un cuadernillo de notas.

-Eulalia Ramírez, 79 años, rentista. Heredó de su padre una fortuna considerable que le ha sido administrada por el despacho de Lastra y que le ha ido produciendo para vivir holgadamente. Actualmente está cifrada en unos cuarenta millones de euros en acciones y fondos, además del piso en que vivía -alrededor de millón y medio- y una casa solariega de la que no tengo valoración. Una fortuna estable y sin problemas de liquidez. Su familia se reduce a dos sobrinos, Alfredo y Lucía, hijos de su única hermana, que murió junto a su marido hace 25 años en un accidente de automóvil. Desde entonces, Lucía ha vivido con ella. Mis referencias son que es una mujer muy seria que se ha desvelado por atender a su tía. Alfredo, según el portero de su vivienda, es harina de otro costal. Ha derrochado la fortuna familiar en continuas francachelas, hasta estar arruinado y a

punto de perder la propiedad de la casa en que vive. El despilfarro incluye la parte que hubiera correspondido a Lucía. Era menor de edad cuando fallecieron los padres y Alfredo se las ingenió para administrar toda la herencia. La vida de Eulalia ha sido tranquila y no se la conocen enemistades, no, al menos, hasta el extremo de llegar al asesinato.

Me miró a los ojos, con ganas de añadir algo de su cosecha. Preferí que terminase con la información.

-¿Y el forense?

-Poca cosa. Aún no hay resultados de la autopsia - me imaginé al ratón seleccionando trozos de casquería fina-. Murió desangrada. La seccionaron limpiamente la yugular con un objeto punzante: un pico, un punzón ancho, un garfio o algo similar. No hay rastros de agresión sexual, es más -se interrumpió y bajó la voz como llevado por el pudor-, era virgen. Aparte de eso, unos ligeros arañazos en el torso. Hubo forcejeo, tal vez después del corte en la garganta, porque no parece que se defendiera con demasiada energía.

Se detuvo. Ahora sí, le dejé hacer el comentario:

-Blanca y en tetrabrik, ¿no? Dos únicos beneficiarios de la muerte y, puestos a elegir, el tal Alfredo tiene mucha peor pinta.

Lo dejé estar. Se aproximaba la hora de visitar a Lucía y prefería hacerlo sólo.

-Has hecho un trabajo estupendo. Tómate la tarde libre. Nos vemos mañana en la oficina.

-¿Qué tienes ahí? -me sacudió la mancha blanquecina de la camisa.

-Un souvenir de la comida.

Debido a algún incomprensible fenómeno químico, el polvo blanco había dejado un rastro amarillento, aún más desagradable que el rojo original.

-Hasta mañana.

-Hasta mañana.

La vivienda de la difunta Eulalia no era nada especial: un edificio de comienzos de siglo, con mármoles en el portal, portero con librea y un ascensor cerrado por rejillas que traqueteaba infernalmente. Toqué el timbre y abrió la puerta una criada uniformada. El perrillo acudió a olisquearme los tobillos.

-Tengo una cita con la señora Lucía.

-¿La policía? Pase, pase, le están esperando.

Me guió por un recibidor alfombrado y adornado de espejos hasta llegar a un amplio salón. El chucho debió encontrar agradable el olor de mi suela y siguió mis pasos. La estancia era oscura, cegada la luz por gruesos cortinones. Los muebles eran de madera negra y el tapizado granate. Ambiente adecuado para el velatorio. En sillones y sofás, alrededor de una mesita de mármol, engullendo café, pastas y copitas de anís, se acomodaban cuatro señoras. Juntas alcanzarían la edad actual de Tutankamon y la conservación de sus cuerpos parecía obedecer a las mismas técnicas de embalsamamiento que nos han legado su momia.

Apartado del grupo, derrumbado sobre otro sofá con las piernas cruzadas, se encontraba un hombre bien entrado en los cuarenta. Alto, delgado y fibroso. El pelo engominado, peinado hacia atrás y muy negro. La piel se pegaba al hueso, dibujando con nitidez la calavera. Sus ojos se hundían sepultados por una profundas ojeras violáceas. Los labios gruesos y golosos aportaban una perversa sensualidad a un cuerpo ascético. Lucía se levantó e hizo las presentaciones:

-Obdulía, Encarna, Remedios y Paz, las mejores amigas de mi tía. Mi hermano Alfredo.

Entre sorbo y sorbo de café, mordisqueando con desgana las pastas, humedeciendo los labios en anís, las cuatro ancianas aprovecharon la presencia del nuevo oyente:

-Era una persona maravillosa, maravillosa. Nadie podrá decir una palabra en su contra. Poca gente como ella, tan considerada, tan señora. Es espantoso, quién podía esperar algo así -dijo Remedios que parecía llevar la voz cantante del grupo.

-No hay respeto, ya no queda nada sagrado, ni la propia vida. Vas por la calle y los jóvenes te miran de una manera... Hasta hacen comentarios en voz baja y se ríen - continuó Obdulía.

-Mire usted, no me gusta hablar mal de nadie, pero es que Eulalia no tenía un solo enemigo. Tuvo una criada hace años..., Loli, no, Asunción se llamaba, que acabó de patitas en la calle. Era una descarada y parece que le

sisaba las vueltas de los recados -Encarna había bajado la voz, como quien hace una confidencia.

-Calla, calla, no digas esas barbaridades de nadie. ¡Todas la queríamos tanto...! Se te va la lengua sin querer -Remedios se atusó el pelo y las demás guardaron unos segundos de silencio.

-¿Pero, por qué a ella? -dijo después Paz con un suspiro-. Nunca dio qué hablar, frecuentó las mejores familias. Recatada, hogareña, incapaz de hacer ningún mal. Sólo hay que ver cómo quería a su Cuqui.

-Más vigilancia, más control, más policía. Eso es lo que hace falta. Espero que encuentren pronto al culpable y que reciba su justo castigo -Remedios me miró con cierta desconfianza. Sus ojos se detuvieron en la mancha amarillenta de mi pechera. Suspiró.

De verdad que sentí no ser el impecable detective de traje, pipa y sombrero que habrían imaginado. Ni mi aspecto desastrado, ni el sudor de los sobacos, ni la mancha de callos de la camisa me convertían en el mejor candidato a merecer la aprobación de las viejas damas. Sin entrar al trapo, me dirigí a Lucía:

-¿Podríamos hablar en privado? Primero con usted y luego con su hermano -me di el placer de observar por el rabillo del ojo la expresión de disgusto de las respetables ancianas.

-Por supuesto, no hay ningún problema.

El tal Alfredo intervino sin mover un músculo de su cuerpo. Tan solo sus ojos parecieron cobrar un soplo de vida.

-Encantado. Espero evitarles así la desagradable tesitura de tener que acudir de nuevo a mi portero para indagar sobre mi vida privada.

Su mirada se cruzó con la mía y rehuyó el desafío con elegancia.

Abandonamos el salón. El perro siguió mis pasos. Empeñado en caminar entre mis piernas, me hizo trastabillar varias veces. Lucía me condujo a un despacho presidido por una historiada mesa de oficina. Los sillones eran de cuero y las estanterías estaban repletas de gruesos tomos encuadernados en piel. Tomamos asiento. La tanteé con la mirada. Creí conveniente recurrir a mis buenos modales.

-Sé que no es un buen momento, pero es mi obligación hacerle unas cuantas preguntas.

-Lo comprendo, no se preocupe.

-Hábleme de su hermano.

-Alfredo no es mala persona. Encontraré quien le cuente barbaridades sobre él. Yo lo conozco mejor.

-Aunque no viva con él desde hace muchos años.

-Cada cual debe dar un sentido a su vida. Yo decidí dedicarla al cuidado de mi tía.

-Una actitud muy loable por su parte.

Pasó por alto mi comentario y prosiguió:

-Eso no significa que me peleara con mi hermano, nos vemos habitualmente. La muerte de nuestros padres nos unió mucho. Sólo Dios sabe lo que tuvimos que pasar y lo soportamos apoyándonos el uno en el otro. Aquel

golpe torció su vida. Empezó el juego, la bebida, las mujeres fáciles... Nadie que no sepa lo que es perder de golpe a las personas que más amas puede juzgarle por ello.

-Se dice que está arruinado, que dilapidó incluso la parte de herencia que le hubiera correspondido a usted.

-Alfredo nunca tuvo suerte en los negocios. Muchos se aprovecharon de él. En lo que a mi respecta, el dinero no lo es todo en la vida. Le perdonaría de todo corazón si tuviera algo que perdonarle.

Hubo una pausa. El perrillo, aburrido del olisqueo, había pasado a mordisquearme los cordones de los zapatos, mientras yo trataba de mantener la compostura.

-¡Cuqui, deja en paz al señor! -levantó la voz Lucía sin demasiada autoridad.

El chucho no se dio por enterado. Le agarré por el cuello, intentando equilibrar la presión para que el dolor no le hiciera aullar. Le aparté de mis tobillos.

-No importa, no molesta.

Al soltarlo, reanudó su diversión. Debería haber apretado más. Me resigné y proseguí la conversación.

-¿Tenía su tía algún enemigo? Alguien que la odiara tanto como para llegar al asesinato.

Pareció escandalizarse.

-Lo que sus amigas han comentado en la sala responde a su pregunta. Mi tía nunca se enemistó con nadie, nunca tuvo ningún tipo de problemas. ¿Quién podría odiarla de ese modo?

-Entonces, ¿quién la asesinó y por qué?

-No encuentro explicación. Eso es lo que más duele, una muerte sin sentido. Sólo puede ser obra de un loco sin entrañas -la voz se le quebró y temí que rompiera a llorar.

-Siempre hay algún beneficiado.

Observé atentamente su reacción. Irguió la mandíbula. Su mirada se endureció. De haber llevado guantes, me los hubiera arrojado al rostro.

-Sé lo que quiere decir. Mi hermano y yo somos sus únicos parientes. El dinero no sirve para aliviar el dolor.

-¿Ni siquiera un buen puñado de millones?

-Mire usted, a mí, mientras viviera mi tía, nunca me hubiera faltado de nada.

El bicho me clavó un colmillo en la pantorrilla. Reprimí la queja. Gruñía sordamente, como si siguiera el hilo de la conversación.

-¿Qué hacía su tía de madrugada en el parque?

-Todas las noches cuando refrescaba, bajaba a pasear a Cuqui. La zona es sumamente tranquila. Nunca tuvo ningún percance.

-¿Y qué hizo usted anoche?

La pregunta la cogió por sorpresa. Me miró con dureza. Casi esperé algún reproche, un toque de dignidad herida frente al intruso que insinuaba incluirla en la imaginaria lista de sospechosos.

-Estuve en casa, como siempre. Vi la televisión y hacia las doce me fui a mi cuarto. Puede preguntar al servicio.

-El cuarto de la criada comunica con la cocina, ¿no es cierto? Es difícil que desde allí se oiga si alguien abre la puerta principal.

Nos miramos fijamente. Por alguna razón que yo no alcanzaba a comprender, no estaba loca por mí.

-Hemos terminado por ahora. ¿Puede avisar a su hermano, por favor?

Abandonó el despacho. El perrángano continuaba mordisqueándome los tobillos. Decidí ajustar cuentas. Extendí la mano hacia él y retrocedió. Me levanté y respondió con ladridos cortos, meneando el rabo. Quería jugar. Yo le enseñaría un nuevo jueguito que iba a tardar en olvidar. Se aproximaron unos pasos. Lástima. Volví a sentarme.

Entró Alfredo:

-¡Cuqui, largo de aquí! -echó al perro y volvió a cerrar la puerta.

Tomó asiento. No tuve necesidad de hacer preguntas.

-Bien, supongo que lo tienen ustedes muy claro. Una anciana asesinada, los sobrinos que heredan, uno de ellos con mala reputación y en delicada situación económica... el sospechoso perfecto. Les ahorraré trabajo reconociendo que no tengo coartada. Anoche estuve solo en casa, últimamente no estoy en condiciones de salir

todos los días. De haber sospechado lo que podía ocurrir, habría ido de copas con algún amigo. Me ahorraría problemas. Ya es tarde para ello. Me imagino que su única dificultad es encontrar pruebas. Detener al sospechoso y apretarle las clavijas para que cante. No estoy preparado para sufrir. Si me estrujan puedo admitir cualquier cosa, hasta ser el toro que mató a Manolete.

Pese a sus palabras, había cierto desafío en su mirada.

-No perdamos el tiempo, deténgame de una vez.

No me gusta la gente que va de víctima. Tampoco, que nadie me diga lo que debo hacer. Por lo visto, el ser de buena posición te concede el derecho a dar órdenes. Me tragué el deseo de ponerle en su lugar. Si quería que el pájaro cantase, había que sobarle un poco las plumas.

-Va usted demasiado aprisa. Sólo quiero hablar. Hagámoslo civilizadamente.

Pareció relajarse. Suspiró.

-¿Qué relaciones mantenía con su tía?

-Es de pésima educación hablar mal de los muertos -hizo una pausa, se lo pensó, encogió luego los hombros-. Era una vieja roñosa, triste y puritana. Para ella siempre fui la oveja negra, la vergüenza de la familia. En una época, me negó incluso la entrada a su casa. Estaba podrida de dinero y vivía mirando la peseta. Nunca quiso ayudarme. Cuando recurrí a ella sólo recibí interminables sermones. Ni una palabra de apoyo. Siempre despreció a sus semejantes. Guardó todo su

afecto para ese asqueroso perro al que vestía como una señorita. Repugnante.

-Y ahora un buen pellizco de su dinero será para usted.

-Si consigo salir de ésta. Querría aprovechar la ocasión. No me arrepiento de lo hecho, pero ahora sé que el descontrol se paga -su deseo de sentar la cabeza me estaba partiendo el corazón-. Pero no sé nada del testamento. De haberlo, es posible que mi hermana se haya salido con la suya.

Leyó la pregunta en mi rostro.

-No se deje engañar por esa santurrona. ¿Por qué cree que se vino a vivir con la tía? ¿Por qué ha aguantado su avaricia y sus desplantes todos estos años? La trataba como a una criada. Ha estado esperando esto como agua de mayo. Ahora empezará a vivir.

Me miró a los ojos. En su mirada brilló una lucecita.

-Le falta imaginación. Dele tiempo al tiempo. Vestida a la moda, el cuerpo bronceado y trabajado en el gimnasio, maquillada, el pelo bien cortado...

-¿Está insinuando que su hermana pudo haber matado a su tía?

Se lo pensó detenidamente, respondió luego con cierto desánimo.

-No, no lo creo, no es capaz de hacer algo así. Lo pudo desear fervientemente, pero no se atrevería a dar el paso. Es demasiado cobarde.

Me di cuenta que estaba perdiendo la iniciativa del interrogatorio. Me había sorprendido su franqueza. Intenté reaccionar.

-Entonces queda usted.

-Sí, el principal sospechoso, claro. Sólo hay un problema, pero es categórico: que yo no he sido. Le mentiría aduciendo trabas morales. Mi tía no tenía más derecho a vivir que cualquier otro ser humano de este planeta y cada día mueren por miles y miles. Sin embargo, recurriré en mi defensa a la estética: yo jamás lo hubiera hecho así. Me horrorizan la truculencia, la sangre, el macabro espectáculo público. Acertar con la yugular parece labor de carnicero o cirujano para la que no me siento capacitado. No lo hice.

-Se descarta a sí mismo, descarta a su hermana, ¿qué queda entonces?

-No lo sé, no tengo ni la menor idea. A veces ocurre lo inesperado. Tal vez la confundieron con otra persona. No puedo imaginar que llevara una doble vida y ocultara actividades que empujaran el crimen. En cualquier caso, averiguarlo es su trabajo.

Dejé hacerse el silencio. Necesitaba ordenar mis ideas.

-Bien, creo que hemos terminado por el momento.

-Supongo que será inevitable volver a vernos -me tendió la mano a modo de despedida.

La estreché sin calor. Luego, comprobé que aún llevaba la cartera.

-Puede que tenga que interrogarle de nuevo. Por si acaso, esté localizable los próximos días.

Me acompañó de vuelta al salón. Me despedí atentamente de las señoras.

-No se molesten, sabré encontrar la salida.

El chucho trotó tras de mí gruñendo alborozadamente. Volvió a mordisquearme los tobillos. Avanzamos por el pasillo. Cuando interpusimos un par de puertas entre nosotros y el resto de moradores de la casa, separé las piernas. Lo dejé enredarse mordiéndome la pernera izquierda y con la derecha le asesté un buen puntapié. Rodó por el pasillo hasta chocar contra un espejo de pie. Sorprendido, no acertó a chillar. Se levantó y huyó con el rabo entre las piernas.

Al salir a la calle, busqué un rincón apropiado, una esquina cercana medio oculta tras una cabina telefónica. Me dispuse a esperar. El barrio residencial era realmente tranquilo. Tanta paz lo hacía más aburrido.

Al cabo de dos horas salían las cuatro ancianas hablando todas a la vez, consiguiendo un lejano rumor de colmena. Era evidente que la tal Remedios ejercía de abeja reina. Las amigas de la difunta, tal vez tendría que interrogarlas una a una, podrían darme alguna información valiosa.

Cuando se encendieron las primeras luces, el silencio se fue haciendo más denso. No había bares en los alrededores y los escasos comercios habían cerrado ya sus puertas. Algún que otro caminante tejía sus pasos desganados sobre el asfalto hasta que la penumbra

ocultaba su silueta. De vez en cuando, un vehículo atravesaba la calle, un haz de luz que se perdía al doblar la esquina. Un taxi se detuvo en el portal. Al poco, salió Alfredo y se alejó en él. Había comenzado pronto a mejorar de estatus o quizás era tan sólo un detalle de la clase a la que pertenecía.

Seguí esperando. Desde mi observatorio, miré las ventanas del salón, las bombillas encendidas. Vi una sombra a contraluz: Lucía curioseaba la calle. Estuvo así unos minutos y luego volvió a perderse en el interior, dejando los ventanales abiertos. Había apretado el sol y se agradecía el frescor de la noche. Escuché la primera salva de ladridos. Volvieron a repetirse a los pocos minutos, seguidos por la maldición de Lucía, un golpe sordo y un agudo aullido. La nueva señora de la casa no estaba por la labor. Habían acabado los buenos tiempos para Cuqui. Los ladridos volvieron a reanudarse, intercalando gañidos lastimeros. No tuve que esperar mucho más.

Cinco minutos más tarde, se abrió el portal. Cuqui, atado a su correa, arrastraba a Lucía camino del parque. Fui tras ellos.

Los jardines estaban escasamente iluminados. Los árboles semejabán gigantes dormidos, meciéndose suavemente al conjuro del viento. El zumbido de la ciudad llegaba lejano, mitigado por la espesa vegetación. Lucía se sentó en un banco bajo una farola y desató la correa. Cuqui emprendió una furiosa galopada. Fue y volvió varias veces alrededor del banco describiendo curvas

cerradas. Cuando se tranquilizó, meó en algunos árboles cercanos. Se detuvo un instante en observar a Lucía y luego se perdió entre los matorrales.

Dudé a quién seguir. Como la sobrina no parecía dispuesta a moverse, me decidí por el perro. La vegetación era densa y la diferencia de tamaños jugaba a su favor. Tuve que dar más de un rodeo para seguirle y conseguí arañarme varias veces con las zarzas. Le perdí de vista y cuando, resignado, ya iba a volver con Lucía, logré dar de nuevo con él. Estaba en un claro, olisqueando a otro chucho, un perro de aguas me pareció.

De pronto, se acercó un enorme doberman negro. Cuqui lo recibió tumbándose en el suelo y agitando el rabo. El perro de aguas, en cambio, huyó despavorido.

Yo observaba la escena a una decena de metros. Cuqui me olió y corrió gozosamente hacia mí, saboreando por anticipado mis tobillos. Retrocedí instintivamente unos pasos. El perrillo se metió entre mis piernas y esta vez consiguió derribarme. Caí al suelo con una maldición.

Debería de haberme ahorrado los juramentos, porque la caída fue providencial. Gracias a ella, la feroz sombra negra pasó a pocos centímetros de mi cabeza sin encontrar el blanco buscado y fue a chocar contra el tronco de un plátano. El doberman se repuso en seguida. Afianzó las patas dispuesto a repetir el asalto. Yo ya me había levantado. Noté el sabor salado del miedo. Me arrepentí de desobedecer las órdenes de Superbuana y no llevar pistola.

Pero Cuqui seguía saltando y moviendo el rabo, sin conciencia alguna de que aquello fuera más allá de la simple diversión. Se interpuso entre nosotros, se acercó al perrazo y comenzó a ladrarle para reanudar el juego. El doberman, tras dudarlo unos instantes, pareció olvidarse de mí y empujó a Cuqui con el morro. Éste rodó por los suelos y salió corriendo a toda velocidad. La bestia desapareció tras él persiguiéndole por el parque.

En ese instante tuve la certeza de que la búsqueda había sido productiva. Había dado con el arma del crimen y, encontrada la punta de donde tirar, desenredar la madeja sería coser y cantar.

* * *

Lo demás es historia, los siguientes pasos fueron pura rutina.

Fue sencillo averiguar si entre las amistades de la difunta había tenido alguien un perro capaz de matar. Bastó con mirar los datos del registro de perros peligrosos, para encontrar que allí figuraba un dogo argentino a nombre de su amiga Remedios.

Como es habitual, en un principio Remedios lo negó todo en redondo. Pero no resultó complicado dar con el entrenador que lo había amaestrado, para autodefensa de una anciana miedosa, adujo, aunque me hubiera gustado enseñarle a distinguir entre defenderse y asesinar.

Tampoco tardamos demasiado en encontrar el cuerpo del can, al que Remedios había sacrificado y enterrado una vez cumplida su función. La forma de los colmillos del dogo argentino coincidían exactamente con la del instrumento del crimen. En sus uñas quedaban partículas de piel de la anciana asesinada y algunos otros restos en sus tripas. El ADN no engaña.

Así que Remedios se desplomó y acabó por confesarlo todo. Caso cerrado.

No le di muchas vueltas a los móviles del asesinato. Las amigas hablaron de viejos rencores, de antiguas historias de un novio en disputa, de un odio larvado que arrastraban desde la juventud y que era compatible con las sonrisas hipócritas compartidas mientras tomaban galletitas y copas de anís. Los seres humanos somos capaces de guardar mucha basura en los corazones, de dejarla crecer y de cometer los crímenes más horrendos por motivos triviales. Pero dejémoslo estar. No soy más que un detective y nunca me ha interesado la filosofía.